

tud, esperamos que usted contribuirá á esta obra de gratitud y de justicia, con la mayor suma que sus circunstancias le permitan.

Anticipamos nuestros agradecimientos y nos suscribimos

De usted afectísimos servidores,

NICOLÁS ESGUERRA—JOSÉ MANUEL MARROQUÍN—RAFAEL M. CARRASQUILLA.

## EN BRAZOS DE SU MADRE <sup>(1)</sup>

Hermoso era el monasterio aquel, edificado en una elevada meseta. Arriba, la montaña cubierta de abetos. Destacábanse sobre este fondo sombrío los techos puntiagudos y las torrecillas esbeltas de la santa casa. Abajo, el ancho valle, viñedos, trigales, prados circuidos de álamos coposos, y una aldea á orillas de manso y cristalino riachuelo.

Eran los monjes de aquella abadía excelentes servidores de Dios, grandes letrados y magníficos agricultores.

Por las mañanas se alcanzaban á ver los blancos hábitos esparcidos acá y allá en medio de los campos; por las tardes se les veía pasar de pilar en pilar por las arcadas ojivas del claustro, murmurando un diálogo ó una plegaria.

Había entre ellos un religioso, mozo todavía, llamado Norberto, excelente constructor de imágenes. En madera ó en piedra, ó con arcilla pintada de vivos colores, hacía unas estatuas tan lindas de Jesús, de María y de los santos, que venían desde muy lejos á comprárselas, á muy alto precio, los sacerdotes y las personas piadosas para adornar iglesias y oratorios.

(1) Variaciones sobre un cuento de Jules Lemaitre, titulado *L'Imagier*.

Norberto era piadosísimo; tenía, sobre todo, extraordinaria devoción á la Virgen Santísima, y pasaba horas enteras al pie del altar de la Inmaculada, inmóvil, calada la capucha, prosternado, con los anchos pliegues del sayal extendidos sobre las losas de mármol.

Algo de soñador tenía en ocasiones. Por las tardes en la terraza del monasterio, al ver la puesta del sol, se sentía triste é inquieto, y deseaba ir á ver otras regiones distintas del rincón de tierra en que vivía.

El Prior le decía entonces:

—¿Qué puedes ver en otra parte que aquí no lo veas? Aquí ves el cielo y la tierra y todos los elementos, y de éstos fueron hechas todas las cosas. ¿Qué puedes ver en algún lugar que permanezca mucho tiempo? Si vieses todas las cosas, ¿qué sería sino una vista vana? (1)

Los buenos monjes eran muy caritativos y dadivosos, y, como eran ricos, llegó día en que no quedó un solo pobre en toda la comarca. Entonces resolvieron construir á su costa una suntuosa iglesia al lado del monasterio.

Hicieron venir en su ayuda centenares de obreros, abrieron hondas canteras en los costados de la montaña, que parecían cicatrices de blancura deslumbradora. Enormes bloques se trasladaron al sitio de la iglesia y se labraron como encajes, y quedó todo el monasterio cubierto de polvo, blanco como la harina.

De las jibosas pendientes que dominaban la abadía, se cortaron las encinas más robustas y los pinos más derechos para el enmaderado de la iglesia. Los fueron aserrando y escuadrando, y entonces quedó todo el monasterio cubierto de polvo amarillo como el oro.

Aquello, en medio de la inmensa soledad, parecía numerosa colmena de hombres. Cada obrero, al tallar su piedra para la iglesia futura, ignoraba dónde le colocarían aquella piedra y si quedaría á la vista de los fieles, pero

(1) *Imitación de Cristo*. I, 20.

sabía que no estaría escondida á la vista de Dios, y todos se regocijaban con la idea de estar colaborando humildes á la bendita labor.

Y la iglesia rápidamente iba subiendo, subiendo piedra por piedra hacia los cielos.

Un antiguo monje de aquella orden, muerto en olor de santidad, en un librito piadoso que escribió y que tituló *Imitación de Cristo*, había estampado estas palabras:

“No te pongas á inquirir ó disputar sobre los merecimientos de los santos, cuál sea más santo ó mayor en el reino de los cielos. Estas cosas muchas veces causan contiendas y disensiones sin provecho; aumentan la soberbia y vanagloria, cuando uno quiere preferir un santo y otro quiere á otro” (1).

Los buenos monjes faltaron á este consejo una tarde que estaban conversando en la azotea del monasterio, después del *Angelus*. Pusiéronse á disputar sobre el mérito de varios santos, con ocasión de resolver cuál elegirían para patrono y titular de la nueva iglesia; y cada religioso iba exponiendo su dictamen y sosteniéndolo con calor.

Si hubieran sido personas menos pías, acaso habrían preferido disfrutar en silencio la paz de la serena tarde. No lejos, los muros inconclusos del futuro santuario surgían flotantes en las gasas del crepúsculo, y, nuevos como eran, parecían tan bellos y majestuosos como si fueran ruinas. Al pie se deslizaba el riachuelo como serpiente de plata. El oro del poniente teñía de violado los árboles de la llanura; y á largos espacios, un ladrido lejano, el chirriar del eje de un carro ensanchaban el silencio.....

Al llegar aquí, el historiador de quien estamos traduciendo estos que llamaremos verídicos sucesos, refiere puntualmente y sin cambiar ni omitir un ápice, lo que fue diciendo y opinando cada uno de los benditos monjes. Estas conversaciones, que suprimimos en beneficio del impaciente

(1) *Imitación de Cristo*. III, 58.

lector de nuestros días, prueban que si todos aquellos cenobitas eran santos, como dice la crónica, no todos eran sabios como ella misma asegura. Porque, en varias de las opiniones que se emitieron, hay graves errores en materia dogmática; aunque otros pareceres fueron tan ajustados y correctos, que no habría podido tacharlos ni el mismo Pedro Lombardo, que era entonces el más afamado de los doctores de París.

No hay tampoco por qué extrañarlo: según se colige del texto, allí estaban no sólo los monjes graves que pasaban la vida leyendo, copiando y comentando los códices antiguos, sino también se hallaban los legos y novicios del monasterio, y algunos sacerdotes mozos, que aún no podían hablar de pronto sobre materias teológicas con la precisión y el aplomo que sólo posee el que ha encanecido en la oración y el estudio.

En la disputa estaban, cuando pasó por el sendero al pie de la terraza, un aldeano con la azada al hombro. El Prior lo llamó con cariño, y le dijo:

—Si tuvieras bastantes riquezas para poder edificar un templo, ¿á quién se lo consagrarías?

El aldeano respondió:

—No quiero ofender á ningún santo del cielo, pero si su Paternidad quiere saber lo que pienso, yo escogería á San Séveriano. Es el santo de mi devoción. Porque me curó la vaca, y me hizo parecer las tres gallinas que se me habían perdido.

Pocos momentos después asomó una mujer por la vuelta del sendero. Pobre pero limpiamente vestida, llevaba en un brazo una criaturita recién nacida, y le daba la otra mano á un chiquito que iba trotando á su lado.

El Prior le hizo la misma pregunta que al aldeano. La mujer respondió sin vacilar:

—Yo le dedicaré la iglesia á la Madre de Dios.

—¿Por qué?

—Porque es madre.

Norberto había guardado silencio hasta entonces. Pensativo, estaba mirando cómo se iban esfumando el oro y la púrpura del poniente. Cuando oyó la respuesta de la aldeana exclamó:

—¡ Mujer! tienes razón. Pero no sería á la maternidad de María á quien yo le consagraría este templo, sino á su pureza inmaculada. Porque no tuvo mancha, por eso mereció ser Madre de Dios. Es permitido sentir más atractivo por un atributo especial de María; y yo la amo sobre todo como virgen, y honro de preferencia en Ella la castidad y el amor.

De aquellas discusiones, como sucede de ordinario, no brotó luz alguna, y cada monje se retiró con el mismo pensamiento que había traído. El Padre Abad, que no había estado presente á la disputa y ni noticia había tenido de ella, determinó dedicarle la iglesia á San Randulfo, patrono y tocayo del señor duque, en cuyas tierras estaba incrustada la abadía, gran protector de la Comunidad y á quien se debía un testimonio público de gratitud y estima.

Decidióse que la estatua de San Randulfo se colocaría sobre la puerta mayor; más arriba iría la imagen de la Virgen María, y en la punta del piñón, Jesús crucificado. Norberto recibió el encargo de esculpir las tres imágenes.

Labró, sin grande entusiasmo, la figura de San Randulfo; y como no pudo hacerse á una vida del santo, é ignoraba cuál habría sido su estado y profesión, resolvió armarlo caballero, á semejanza del señor duque. Lo vistió de pies á cabeza con pesada armadura y le figuró las manos, juntas delante del pecho, con unos dedazos cubiertos con los guantes de acero. Aquello fue obra de pocas semanas.

En seguida esculpió, de un bloque de granito, un Jesús crucificado, de cuatro toesas de alto. Largo, descarnado, dejaba ver las costillas desnudas, las rodillas como dos cráneos humanos, la tensión de los brazos que producía huecos profundos en las axilas. Hilos de sangre se cruza-

ban á lo largo del cuerpo, se juntaban en los pies entumecidos y parecían chorrear de los dedos. Tenía la cabeza desgonzada, y de veras aquel crucifijo parecía haber reunido en sí la gran miseria humana, los horrores de la muerte por inanición, la angustia del desamparo; las torturas de los enfermos, de los leprosos, de los condenados al cadalso, de todos, en fin, los que sufren y agonizan. Y, al mismo tiempo, el rostro expresaba tan dulce resignación, tal certidumbre del próximo deseanse, que si el cuerpo ensangrentado decía *Dolor*, la cabeza, aunque coronada de espinas, decía *Esperanza*.

Mas aunque Norberto puso en esta obra todos sus sentidos y toda su piedad, pensaba sin cesar en la Virgen María, cuya imagen iba á cincelar en breve, y á quien reservaba, no hay para qué decirlo, el esfuerzo supremo de su arte y de su amor.

—Ahora, le dijo el Abad, que Dios gué vuestra mano para que nos deis una imagen celestial de la Madre de Dios con el Niño Jesús en los brazos.

—Pero, dijo Norberto, ¿ no debe representársele en la forma que á ella más le agrada ?

—Por lo mismo, repuso el Abad, ¿ la mayor gloria suya no es la de ser Madre de Dios ?

—Sí, replicó Norberto, pero á mí se me figura que la honro mejor representándola, no en su gloria, sino en la actitud de las virtudes que se la merecieron. Además, Padre, yo sé lo que produce en el rostro la práctica de la pureza, y no puedo darme cuenta de cómo será el amor de las madres á sus hijos. Ella es todo compasión hacia los pecadores, y cada vez que delinquimos y cuando la justicia divina se prepara á castigar nuestros crímenes, la Virgen se presenta ante el Señor, le hace dulce violencia y le dice: “ ¡ Perdonad! Esos pobrecitos son tan desgraciados, están asfixiados por la materia; rara vez hacen lo que quisieran. Si hubieran recibido las gracias que yo, todos serían santos.” Así la quiero representar: con las manos extendidas

hacia los pecadores. ¡Cómo las ha de extender si tiene al niño en los brazos!

—Hijo, todo eso tiende á la singularidad y se opone á la tradición de la Iglesia (1). Os mando que hagáis la estatua de la Virgen Madre, como os lo he prevenido.

Norberto no obedeció.

Todo el tiempo que duró trabajando en la estatua, no quiso dejarla ver, con pretexto de que las reflexiones de sus hermanos le confundían y enredaban las ideas. A solas con su ideal, talló la Virgen que se había imaginado.

Alta y delgada, vestida de rígidos pliegues, con la cabeza y la mirada hacia los hombres, la Inmaculada les tendía aquellas manos divinas de donde fluye el perdón. Para decir verdad, aquello apenas era cuerpo; pero el rostro era tan bello, los ojos miraban con tanta ternura, la boca sonreía con una dulzura tan triste, la actitud de las manos convidaba tanto á la clemencia, que la vista sola de la estatua, daba gana de llorar, de rezar y de ser santo.

Cuando los monjes la vieron, se iban desmayando de admiración, y el Abad mismo la declaró maravillosamente bella.

El historiador que vamos siguiendo, dice que, sin embargo, el Abad castigó la desobediencia de Norberto con un ayuno de un mes entero á pan y agua. Pero otros códices más auténticos, cuentan que se contentó con una mirada muy severa, y que, volviendo la cara, se enjugó con el revés de la mano dos gruesas lágrimas que iban rodando por las mejillas.

El sagrado Crucifijo, la estatua de la Virgen y la de San Raulfo, fueron colocados en sus sitios respectivos.

(1) Realmente, hasta el siglo XVI la Virgen se representó siempre en los altares con el Niño Dios en los brazos. Murillo fue de los primeros pintores que se apartó de este uso, en sus *Concepciones*. Hoy, las apariciones de Lourdes y la de la Medalla milagrosa, han permitido modificar en este punto la Iconografía sagrada—Véase el Tratado *Iconografía sagrada*, de L. Cloquet, *Lila*, 1901.

La iglesia estaba á punto de concluirse. Dos torres altísimas se levantaban á uno y otro lado de la portada, semejantes á dos manojos de columnillas y agujetas. Norberto, á quien devoraba el celo por la casa de Dios, pasaba todas las horas libres en los techos, en medio de la calada fortaleza de piedra, por las estrechas galerías, trabajadas como encajes flamencos, entre las gárgolas temerosas y grotescas, bajo los arcos encumbrados y angostísimos de los contrafuertes.

Una tarde no bajó, aunque oyó el toque á completas. Resolvió, por su cuenta, pasarse la noche allá arriba, soñando despierto, sorprendiendo las melindres de los rayos de luna, al pasar por todos los resquicios de aquella complicada arquitectura.

Se hallaba en lo más elevado de una de las torres, en una plataforma que estaba todavía sin baranda. Quiso ver si desde aquella altura se alcanzaría á divisar su amada estatua de la Virgen. Se inclinó sobre el abismo, y allá muy abajo creyó columbrar las dos manos extendidas fuera del nicho.

Se asomó un poco más. Las piedras se habían humedecido con el sereno. Norberto resbaló, y cayó al vacío lanzando un grito de terror.

En la caída, el cuerpo tropezó con un andamio, rebotó en las tablas, y fue lanzado sobre el peñón agudo coronado por el enorme crucifijo.

Con ambas manos se agarró de los brazos del Cristo; y su cuerpo quedó colgando á lo largo de la cruz. Era demasiado ancha para poderla abarcar con las rodillas, impedidas, por otra parte, por los pliegues del hábito blanco.

Allí, cara á cara con Jesús, le suplicaba angustiosamente que lo salvara. Luégo empezó á gritar con todas sus fuerzas; pero los monjes, en gracia de Dios, estaban durmiendo como niños, y nada oyeron. Algunas aves nocturnas, asustadas, volaban graznando al rededor de la cabeza del infeliz. Arañaba con las puntas de los pies la cruz,

buscando apoyo, sentía que los dedos de las manos ya no podían resistir, las uñas le destilaban sangre, un sudor frío y pegajoso como el de los agonizantes le bañaba el rostro. En cierto momento se le figuró que los ojos del Cristo, iluminados por la luna, lo miraban con aire de reconvención.

—¡Bien merecido lo tengo, sollozó, por desobediente y voluntarioso! ¡Me castigas, Señor, porque no quise ponerte en los brazos de tu madre!

No pudo más: los dedos resbalaron y cayó de nuevo.

—¡Socorro, Virgen santa!, exclamó.

Y vino á dar, sin lastimarse, sobre las manos de mármol de la Virgen, que encogió un poquito los brazos para no dejarlo caer.

Y se durmió Norberto, como un niño en la cuna....

Al amanecer, los monjes lo alcanzaron á ver. Arrimaron largas escalas. Cuando llegaron á socorrerlo, estaba dormido todavía.

—¿Para qué me despiertan?, preguntó.

No quiso referirle á nadie lo que había soñado en brazos de la Virgen, ni lo que la Señora le dijo.

Sólo que entendió muy bien que en María la maternidad divina y la inmaculada pureza virginal son dos prerrogativas tan estrechamente enlazadas, que no es posible separarlas ni en la mente ni en el corazón.

Cobró, además, ternísima devoción á la humanidad adorable de Cristo Redentor y vivió en la más elevada santidad.

## Las golondrinas del claustro \*

Bajo el abrigo del vetusto alero  
De este templo de gloria americana,  
Posa siempre la alegre golondrina;  
—Ave que, como errante peregrina,  
Ama sólo la tarde y la mañana.